

CAPÍTULO XXVI.

CONCLUSION DE TODO LO DICHO EN LOS TRES LIBROS  
PRECEDENTES.

**H**EMOS recogido en los tres libros pasados el intento de nuestro santo Padre acerca del ejercicio espiritual y camino de la perfeccion; el cual no derramándose en decir los regalos y misericordias que Dios nuestro Señor suele obrar en favor de las almas que tratan con él, se recogió á decir solamente lo que deben hacer de su parte las almas que tratan con Dios, estando cierto que si nosotros cumplimos lo que es de nuestra parte, cumplirá Dios liberalísimamente lo que es de la suya. Y lo que es de nuestra parte, es con la gracia divina formar en nosotros á Jesucristo, fundando toda esta obra sobre los dictámenes y propósitos que hemos declarado en cada una de las tres jornadas en particular, que son como la anatomía y los huesos del hombre espiritual; los cuales como se ve en Ezequiel <sup>1</sup>, fueron los primeros que se juntaron para resucitar aquellos muertos, y sobre estos huesos vinieron los nervios y luego la carne, y últimamente sopló el espíritu y revivieron. Y no solamente en los hombres vivos se guarda este orden, sino tambien en los pintados; pues vemos que primero el maestro hace un bosquejo de la figura que se ha de pintar, que aun-

<sup>1</sup> Ezech. XXXVII, 7-10.

que está hecho con líneas al parecer toscas, pero en ellas está toda el arte y las medidas y proporciones, sobre las cuales y sin salir de ellas, se han de asentar despues los colores y los barnices, y las luces y resplandores. Así que para formar un hombre espiritual, lo primero y lo que contiene más magisterio es componer esta anatomía del hombre nuevo, hecha de propósitos firmes, como de huesos; y formar esta figura de la imágen de Jesucristo, conforme á los preceptos de la fe y del Evangelio y doctrina de los santos, y á la experiencia de los varones espirituales. En esta anatomía de propósitos unidos y trabados entre sí, infunde Dios el espíritu; y sobre este bosquejo asienta los colores y resplandores que es servido; y querer empezar esta obra por inteligencias, ilustraciones, sentimientos, júbilos, raptos y cosas semejantes sin el fundamento de la mortificacion y sólidas virtudes, que se contiene en los propósitos ya dichos, es querer empezar el edificio por los tejados, de que no nos podemos prometer sino perder el gasto, y que el edificio venga todo á tierra.

Hemos tambien declarado por otra semejanza de un camino corporal, el camino espiritual con sus tres jornadas, y los pasos más principales de cada una de ellas, por los cuales finalmente se puede conocer si se ha errado ó perdido el camino, que es lo que suele dar mayor congoja á un caminante. Y para decir algo en particular: A los incipientes en la primera jornada les pertenece aborrecer lo malo, y purificarse de ello; á lo cual ayuda el amor del último fin, el dolor de los pecados pasados, el propósito de la enmienda, el cuidado de desviarse de las ocasiones, y para no resbalar y caer, afirmarse en el temor de Dios: que todos son pasos de la via purgativa.

Los proficientes en la segunda jornada, no sólo deben

aborrecer lo malo, sino abrazar tambien lo bueno; y no solamente han de escoger lo bueno respecto de lo malo, sino tambien lo mejor respecto de lo menos bueno, esforzándose siempre en todas sus acciones á conocer cuál es la voluntad de Dios buena y perfecta para hacer aquello que fuere más agradable á su divina Majestad. Para conseguir esto, es menester el ejercicio de todas las virtudes, que ordenan las acciones humanas conforme á la razon y á la divina voluntad; y para esto ayuda el deseo de imitar á Cristo nuestro Señor, particularmente en sus injurias y afrentas y en su pobreza, no sólo con el afecto, sino tambien con el efecto, cuando fuere mayor ó igual gloria de su divina Majestad. Y estando el corazón libre del amor de estos bienes, que suele turbar el juicio de la razon, se conoce con mayor claridad lo que es á Dios más agradable, para hacer eleccion de ello con firmeza y constancia, sin volver á poner en duda por deseos ni temores humanos, lo que una vez se ha determinado bien por motivos divinos. Y éstos son los pasos de la via iluminativa.

Los perfectos de tal manera descansan en el beneplácito de la divina voluntad, y tienen tan sujetas y vencidas las voluntades propias y apetitos contrarios, que sin haber contradiccion de importancia, la inclinacion del espíritu los lleva siempre á Dios. Y así como un grande peso que baja de lo alto, ninguna fuerza menor basta á detenerle ó divertirle de su movimiento; así los corazones libres y purificados y llevados de la fuerza del espíritu, ninguna cosa próspera ó adversa, ni la diversidad de las ocupaciones ó de los sucesos, basta para apartarlos de la caridad de Dios; y el corazón recogido en sí mismo y como huyendo de todas las cosas, está haciendo fuerza para arrimarse y unirse con Dios, y estribar

en él como en su propio centro. Y de aquí nace mirar uno todas las cosas de esta vida, como estorbos y embrazos de sus deseos, y el tener tedio y cansancio de ellas, y ansias de verse desatado y libre para abrazarse con Dios. Los que han llegado á este estado, entonces se tienen por más vivos, cuando están más parecidos y semejantes á los muertos, que ni querrian acordarse del mundo, ni que él se acordase de ellos; y así cuando llegan á morir, no es tanto morir cuanto acabar de vencer la pelea que han traído contra la carne, y por medio de la muerte entrar en la posesion de la vida.

De esta manera todas las jornadas de la vida espiritual están trabadas entre sí y el fin de la una da principio á la otra, y los primeros propósitos van disponiendo á los siguientes, y unos ejercicios van dando la mano á los otros, hasta venir uno por sus pasos contados á entrar en la posesion de la gloria. Y cuanto va más adelante en este camino, va gozando de cielo más descubierto, y respirando los aires más puros, y participando mejor las influencias del otro mundo; y cuando ya la muerte está presente, se alegra y revive el espíritu, y alcanza como de vista las murallas y torres de la celestial Jerusalem, y tiene barruntos de su gloria, y prendas de su bienaventuranza, con que el espíritu se da prisa á soltarse del cuerpo para gozarla perfectamente. Y entonces se echa de ver como el espíritu de la gracia, que se recibe en el principio de la conversion, se viene á hacer dentro del hombre una fuente de agua viva, que salta hasta la vida eterna <sup>1</sup>.

Por lo dicho se puede responder á una duda. Por qué esta postrera jornada de la vida espiritual, que pertenece

<sup>1</sup> Joan. IV, 14.

á los perfectos, se llama via unitiva. Porque en este mismo nombre parece que hay contradiccion; pues quien dice union, dice término, quietud y descanso, y quien dice via, dice camino y dice trabajo y conato de quien pretende pasar adelante para llegar al término y al fin. Y es así, que en esta vida siempre somos viadores y caminantes, y nunca está un hombre tan adelante, que no pueda adelantarse más, ni puede estar tan seguro, que no pueda errar y perderse. Y aunque esto es así, se puede llegar á tal estado, que cuanto sufre este destierro, esté ya el alma unida y abrazada con Dios, y como á las puertas de la Jerusalem celestial. Pues así como el caminante que está á vista de la ciudad, por una parte camina, porque aun no ha llegado, y por otra goza ya de la vista de la ciudad, de sus huertas y jardines, y se alegra como si ya estuviera dentro, porque lo tiene por hecho; así tambien los que en nuestra vida están en la via que llamamos unitiva, por una parte caminan, porque aun no han llegado, y por otra les da ya el aire de aquella tierra de los vivientes, y ven como de lejos las torres de aquella ciudad celestial, y sienten el gozo y alegría de sus ciudadanos, y ya se tienen en cierta manera por salvos con la esperanza, como dijo el Apóstol<sup>1</sup>: *Spe enim salvi facti sumus*. Dichosos serán y bienaventurados, cuando ya de hecho, como se dice en el Apocalipsi<sup>2</sup>, entren por las puertas en la ciudad. De lo cual se ve, que la via unitiva tiene algo de viaje, de trabajo y de peligro comun con los que en este mundo viven desterrados; y tiene mucho de gozo, de alegría, de seguridad y de esperanza y de comunicacion con el estado de los bienaventurados.

<sup>1</sup> Rom. VIII, 24.— <sup>2</sup> Apoc. XXII, 14.

Sácase tambien de esta doctrina un engaño que suelen padecer los que andan este camino, que estando muy en los principios, se persuaden y creen que están más adelante, ó en el fin y término de él; con lo cual se hacen remisos y negligentes, y tratan de descansar y dormir (como hizo Elías<sup>1</sup>) cuando les falta la mayor y más dificultosa parte del camino por andar. La raiz de este engaño es que alcanzan á conocer con el entendimiento lo más alto y delicado de la perfeccion, y se aficionan á la hermosura de esta perfeccion que conocen; y sienten gozo y consuelo que procede de este conocimiento y amor, y se dan á entender que poseen todo aquello que conocen y aman, y de que se gozan y alegran, como quiera que estén á veces muy distantes de ello: porque así como los que caminan, primero llegan con los ojos que no con los piés, y sucede alcanzar á ver desde lejos la ciudad donde van, y alegrarse con su vista como si estuvieran muy cerca, y despues prosiguiendo el camino salen de su engaño y conocen que fué vana su alegría, y que les falta más camino de lo que á la vista de la ciudad habian juzgado, y pasos muy dificultosos y peligrosos antes de entrar en ella; así los que caminan á la perfeccion, despues de haberla alcanzado con la vista y gozándose de verla, les suele faltar una larga fatiga y continua pelea consigo mismos, primero que vengan con efecto á poseerla. Muy semejante al camino que hicieron los hijos de Israel para entrar en la tierra prometida<sup>2</sup>, que estando ya casi á la puerta de ella, y habiéndose gozado y aficionado con la experiencia de sus frutos, el temor de los enemigos con quienes habian de pelear fué causa de mandarles Dios tomar el camino por

<sup>1</sup> III Reg. XIX, 5.—<sup>2</sup> Núm. XIV, 23.

tales rodeos, que despues de cuarenta años, no ellos, sino sus hijos, finalmente la conquistaron y poseyeron. Poco le sirve al caminante el ver de lejos la ciudad, y seria indiscreto si buscando lugar acomodado para no perderla de vista, se sentase á mirarla dejando su camino: este tal no puede tomar otro consejo, sino apretar los piés y hacer ejercicio corporal, andando, caminando, corriendo, bajando y subiendo cuestras, vadeando rios, atravesando arroyos y entrando por veredas, en que muchas veces pierda de vista la ciudad que antes veía, y se congoje pensando si por ventura ha perdido el camino, y si despues de haber andado más, está más lejos, hasta que perseverando en su ejercicio se halle, cuando menos piensa, dentro de las puertas del lugar. De la misma manera los que caminan á la perfeccion, yerran mucho si huyen de los ejercicios penosos y de mortificacion, teniéndolos por contrarios á su quietud y devocion. Porque despues de haberse gozado con el conocimiento de la virtud y esperanza de alcanzarla, con que suele nuestro Señor consolar y alentar á los principiantes (y es como la muestra de los frutos de la tierra de promision) es menester caminar y pelear para poseer la tierra, que cuando nos la prometieron nos causó tanto gozo y alegría. Y no hay otro remedio sino el ejercicio espiritual, en el discurso del cual se ofrecen tantos tédios y cansancios, tantas peleas y tentaciones, que le parece á uno muchas veces que se ha perdido, y que estaba mejor y más cerca del fin en sus principios, hasta que perseverando fielmente en su ejercicio, se halla quieto y pacífico en la conformidad y union con Dios.

Finalmente se debe advertir, que aunque no se puede negar, sino que la gracia de la devocion tiene muchos y grandes provechos; y que Dios nuestro Señor la da á

los incipientes para destetarlos, á los proficientes para animarlos, y á los perfectos para regalarlos; y que debemos disponernos, quanto es de nuestra parte, y procurar esta gracia, quanto la divina gracia nos la comunicare; pero no debemos asegurarnos ni estribar mucho en ella, porque no dura siempre con nosotros, sino que se va y se viene conforme á la divina voluntad. Y así como la galera cuando tiene viento fresco y favorable camina más en menos tiempo y con mayor descanso, mas porque el viento es inconstante y se puede mudar presto en contrario, va siempre apercebida de remos para bogar y pelear contra el viento; así tambien cuando Dios favorece al alma, debe extender las velas de su corazon y recibir con alegría y agradecimiento el soplo de aquella santa inspiracion, pero de tal manera, que cuando faltare no quede flaca y desarmada; porque muchas veces quita Dios la gracia de la devocion sensible, para que el hombre aprenda á pelear y á quitar los ojos de su descanso, y ponerlos en la justicia sólida y verdadera de la virtud. Vaya pues un hombre siempre apercebido para remar, cuando lo pidiere el tiempo. Porque es cierto que el ejercicio que cria las virtudes y modera los afectos desordenados, es de ordinario ejercicio que pide conato y fuerza para hacérsela á sí mismo, y la fuerza que cada uno se hace es la medida de lo que va aprovechando y acercándose á la posesion de su fin.

Y aunque es así verdad, que no nos hemos de afirmar con demasía sobre la gracia de la devocion, y que se pueden andar sin ella todos los pasos de la vida espiritual; pero tampoco se puede dudar, sino que la luz celestial y la divina consolacion están muy cerca de los que han llegado al estado de la perfeccion, como de gente que tienen las pasiones mortificadas, y purificados

los afectos. Y tambien es cierto, que estos tales cuanto están más sujetos y resignados en la voluntad de nuestro Señor para cualquier tratamiento que les quisiere hacer, tanto hacen mayores diligencias, quanto es de su parte, por hallar la presencia de Dios y gozar de la luz de su divino rostro, y tanto son más cautos y más humildes para no perderla. Y persuádase el que quisiere tratar provechosamente de su perfeccion y de la de sus prójimos, que le conviene con todas las veras posibles procurar la devocion, quanto la divina gracia le comunicare. Porque, como dice san Buenaventura <sup>1</sup>: El ejercicio de las virtudes sin devocion, es como levantar una pared de piedra seca sin cal, que presto se cae. La devocion es la que aviva el celo de la justicia, infunde la compasion de la piedad, esfuerza el sufrimiento de la paciencia, da razon á la edificacion y buen ejemplo, y luz á la discrecion. La devocion es la que alumbrá el entendimiento para conocer lo mejor, inflama la voluntad para desearlo, y da fuerzas para ejecutarlo. La devocion pone horror del pecado, ordena en lo interior nuestras acciones, y compone nuestras costumbres en lo de fuera, da gusto y sabor al conocimiento de la fe, y aliento y seguridad á la esperanza, y fervor á la caridad. La devocion da entrada y familiaridad para hablar con Dios, y confianza de alcanzar lo que pedimos, da jugo á nuestras oraciones, humilla el corazon en lo próspero, y le da constancia y valor en lo adverso, levanta el espíritu á lo alto, hace que el mundo parezca vil en nuestros ojos, y arrebatá el deseo á las cosas celestiales, edifica á los prójimos, ahuyenta los demonios y atrae á sí los ángeles y los santos. Estas y otras muchas riquezas trae consigo

<sup>1</sup> De sex alis Seraph. c. 8.

el afecto santo de la devocion, por lo qual nunca se pierde el tiempo que se gasta en procurarla. Y si no tenemos por mal empleado el mucho tiempo que á veces se gasta en cumplir con algunas personas grandes por tenerlas templadas para cuando las hayamos menester en nuestros negocios, ¿por qué tendremos por perdido el tiempo que se gasta con Dios, pues tenemos necesidad de él para todo quanto ponemos mano?

De esta manera se ha de gobernar el hombre espiritual entre lo próspero y lo adverso, que ni se fie mucho de lo próspero, ni desmaye en lo adverso, procurando la devocion, cuando no la tiene, y no dejando de andar adelante cuando le falte, buscando siempre á Dios con corazon sencillo y con pura intencion; y tanto piense que está más cerca de Dios, quanto estuviere más léjos de sí y de su propio amor é interés; y tenga por señal de haberse aprovechado algo en el espíritu, cuando ni la variedad de las ocupaciones le distrae, ni la fuerza de los deseos le inquieta, ni la contrariedad de los sucesos le perturba, ni la falta de las consolaciones le desmaya, sino que como sabio y bien enseñado en el espíritu, no mirando de donde sopla el viento de la mudanza humana, endereza á Dios sin cesar el ojo de su sencilla intencion; porque aquel á quien todas las cosas le fueren uno, y todas las cosas trajere á uno, y todas las cosas viere en uno, podrá ser firme de corazon, y permanecer pacífico en Dios.

Esto es lo que brevemente se ha podido declarar del discurso del camino espiritual que nuestro santo Padre enseña en este su libro de los *Ejercicios*, y del fin que han de llevar siempre delante los que se ejercitan en él. Resta que declaremos los diferentes ejercicios con que cada uno ha de procurar conseguir este fin segun el es-

tado en que se halla, y la parte del camino en que está. Y antes de venir á esto, digamos primero qué calidades han de tener los que han de hacer los ejercicios y el padre espiritual que los ha de dar, y cuánto tiempo se ha de gastar en ellos. De lo cual trataremos en el libro siguiente.



## LIBRO CUARTO.

DE LAS CALIDADES QUE HA DE TENER EL QUE  
DA LOS EJERCICIOS Y EL QUE LOS HACE, Y DEL TIEMPO  
QUE SE HA DE GASTAR EN ELLOS.

### PRÓLOGO.

**S**i el saber una cosa, como dice el Filósofo, depende del conocimiento de sus causas, necesario es saber cuáles sean las causas del camino y ejercicio espiritual, para tener perfecta noticia y conocimiento de él. Y es así que en cualquier ejercicio hallamos todos cuatro géneros de causas, conviene á saber, el fin que se pretende, y éste en un caminante no es otro, sino el que dijo el Apóstol <sup>1</sup>: «Olvidarse de los pasos que deja andados atrás, y extenderse á los que tiene delante.» Y cuáles sean los pasos del camino espiritual, dejamos largamente declarado en los tres tratados pasados, para que cada uno segun el estado en que se hallare, se extienda al paso que inmediatamente tiene delante, hasta llegar al último fin y término del camino, el cual como dice san Pablo <sup>2</sup>, no es otro sino la caridad que nace de corazon puro, y buena

<sup>1</sup> Philip. III, 13.—<sup>2</sup> I Tim. I, 5.